DE MARTIGNAC.

La tribuna ha perdido este orador brillante que, solo por los últimos dias de su vida, pertenece á la revolucion de Julio.

Martignac fue ministro, diputado, literato.

Como ministro, la libertad le debe inmensos servicios, y no admite duda que contribuyó eficazmente á preparar la revolucion de Julio, mas de lo que creia, mas de lo que deseaba.

Al salir del ministerio, Corbière habia dejado la libertad de la prensa en la servidumbre y las elecciones en la corrupcion. Martignac, oponiendo á las inscripciones electorales la comprobacion de personas fidedignas, reanimó la energía de los ciudadanos y desterró los fraudes electorales. Al mismo tiempo, aboliendo la censura facultativa, restituyó á la libertad de la prensa su plenitud de accion, y puso á Polignac en la impotencia de encadenarla. En efecto las elecciones así purificadas, dieron por resultado una mayoría de diputados patriotas, y esta mayoría mantuvo legislativamente la libertad de la prensa, y la libertad de la prensa acabó con la loca usurpacion de Polignac. Estas tres consecuencias se encadenan entre sí, y con razon aseguramos que Polignac hizo un bien inmenso á la nacion.

Comparemos ahora el ministerio de Martignac con el segundo ministerio que hemos visto despues de la revolucion de Julio: aquel emanaba del despotismo, y encaminábase á pasos lentos á la libertad; este, salia de la libertad y dirigíase á la corrupcion. El primero amable, insinuante, afectuoso, de modales finos, y urbanos, cortés en su lenguaje, conciliante en sus transacciones; el segundo duro, altivo, seco, imperioso, grosero, insolente. Nunca se le hubiera ocurrido á Martignac el salariar, durante las elecciones libelistas para insultar la probidad é independencia de los candidatos de la Oposicion; ni el disolver la guardia nacional para castigarla por su patriotismo y moderacion; ni por sus medidas excepcionales, colocado poblaciones enteras fuera de la ley. No, nunca hubiera pensado Martignac en encadenar el jurado y la prensa; ni en inventar los tormentos del Mont-Saint-

Michel, ni en restablecer la confiscacion por excesivas multas; ni en destituir brutalmente los diputados funcionarios; ni en rodar ferozmente sus ojos como un energúmeno, y amenazar con el puño cerrado á sus enemigos; ni en tratar á sus colegas y miembros del parlamento como vasallos.

Como orador ocupará siempre un puesto distinguido y excepcional en la galería de las celebridades parlamentarias. Lleno de facilidad y elegancia, cautivaba la atencion mas bien que la dominaba. ¡Con qué arte procedia para no lastimar la susceptibilidad vanidosa de nuestras Cámaras francesas! ¡Con qué ingeniosa flexibilidad penetraba en los pliegues y repliegues recónditos de una cuestion! ¡Qué fluidez de diccion! ¡Qué encanto! ¡Qué finura y delicadeza! ¡Qué tacto y oportunidad! La exposicion de los hechos tenia en su boca una claridad admirable, y, con tal fidelidad y tal acierto de expresion analizaba los medios de sus adversarios, que se asomaba á los labios de estos la sonrisa del amor propio satisfecho. Mientras que su mirar animado recorria la Asamblea, modulaba en todos los tonos su voz de sirena, y su elocuencia poseia la dulzura y armonía de una lira. Si á tales seducciones, si al insinuante poder de su palabra, hubiese agregado las formas vivas del apóstrofe, y la precision rigorosa de las deducciones lógicas, hubiera sido, no cabe duda, el primero de nuestros oradores, ó, por mejor decir, la misma perfeccion.

Como literato, poseia Martignac esa elegancia natural, ese aticismo que faltan á casi todos nuestros oradores de la tribuna y foro; pero al mismo tiempo carecia de esa riqueza de imaginacion, de esos hermosos efectos de estilo, de esa docta composicion del artista, de esos pensamientos fuertes ó sublimes, de esa perfeccion en el gusto que caracterizan á nuestros grandes escritores.

Como persona privada, la defensa espontánea, generosa, desinteresada de Polignac, su antagonista y sucesor, honra sobremanera el carácter noble é inofensivo de Martignac. Las meditaciones de su defensa, y las agitaciones dramáticas de este proceso, acabaron de arruinar su salud delicada.

Era Martignac hombre de trato amenísimo, costumbres apacibles, talento brillante, conversacion agradable, tan apegado á los placeres como al trabajo cuando era necesario, y de una inteligencia superior en los negocios.

Tal fue Martignac, sin odio como sin lisonja.

BENJAMIN CONSTANT.

Benjamin Constant ha sido el publicista de la escuela inglesa, importacion ajada de ultramar, que nunca conseguirá aclimatarse en Francia; trinidad incomprensible de personas desiguales por el poder, diversas por su orígen, contrarias por su voluntad; constitucion caprichosa en que algunos políticos pretenden hallar el elemento de amalgama, la armonía en el antagonismo, la verdad en la ficcion, el movimiento en la resistencia, y la vida en la muerte; division sistemática en gerarquías, castas, monopolios, privilegios de una sociedad que tiende sin cesar á la aglomeracion y unidad; obra anti-francesa y contra naturaleza que rechazan á la vez nuestro temperamento, nuestras costumbres, nuestra lógica y nuestra igualdad; que ata los piés del gobierno en vez de prestarle alas, y le priva de la fuerza interior y de la grandeza exterior; organizacion abortada y destinada á perecer en las tempestades de la democracia, ó bajo el brazo de hierro de algun soldado feliz.

Pero tal vez, despues de la accion enervante del despotismo en los ánimos y corazones, la nacion doliente y enfermiza, no tenia la fuerza de soportar un régimen de transicion; tal vez hubieran acabado con ella los remedios heróicos.

Benjamin Constant se pintaba solo para hacer resaltar toda la parte justa y liberal que parece abrigar este régimen mixto; y aun exageró las consecuencias de la Carta de 1814, teniendo bastante imaginacion para persuadir que tendia en favor de la libertad en mas de un caso en que era evidente que no tenia mas mira que la de robustecer el poder.

Arrastrado, á pesar suyo, por el genio de nuestra nacion, explicaba en el sentido de la igualdad esas instituciones inglesas fabricadas en favor de la aristocracia. Aquello era ensartar ficccion sobre ficcion, pero ¿qué importa el orígen del bien con tal que enga este? Benjamin Constant dió impulso á la nacion, le enseñó

Imp. Chardon Aîné et Fils, R. Hautefeuille, 30, Paris.

BENJAMIN CONSTANT.

enga este? Benjamin Constant dió impulso á la nacion, le enseñó

Laderer del. et sc.

BENJAMIN-CONSTANT

Imp. Chardon Ainé et Fils, R. Hautefeuille. 30, Paris

á hablar y pensar, y educó políticamente la clase media, no pudiendo educar las masas.

No tenia Benjamin Constant ni la facilidad de Manuel, ni la profundidad de Royer-Collard, ni la vehemencia de Casimiro Périer, ni la brillantez de Foy, ni la armonía de Lainé, ni la fluidez de Martignac, ni la energía de Serre; pero seguramente, de todos los oradores de la izquierda, se le puede considerar como el mas ingenioso y fecundo.

Era delgado de cuerpo, flaco de piernas, cargado de espaldas, largo de brazos, con largos y rizados cabellos que caian sobre sus espaldas, y adornaban su rostro expresivo. Su lengua se enredaba entre sus dientes, y parecia una muger al hablar, silbando y farfullando los vocablos. Cuando recitaba su voz era monótona, y al improvisar, apoyaba ambas sus manos en el marmol de la tribuna, y parecia interminable el flujo de sus palabras. La naturaleza le habia negado todas las ventajas exteriores del porte, gesto y órgano de que tan pródiga ha sido para con Berryer, pero suplia á fuerza de talento y trabajo.

Soldado infatigable de la prensa y tribuna, armado con su espada de dos filos, Benjamin Constant, durante un intervalo de quince años, no dejó un solo instante la brecha. Cuando cesaba de hablar, escribia, y apenas cesaba de escribir, empezaba de nuevo á hablar. Sus artículos, sus cartas, sus opúsculos diversos, sus discursos compondrian mas de doce tomos.

Entonces un diputado, sumergido en la meditacion de las leyes, estudiando continuamente el presupuesto, consagraba sus dias y sus noches á los trabajos parlamentarios. En nuestros dias, la vida política es un pasatiempo, una distraccion, y cuando no así, un trabajo repugnante.

En aquel entonces las grandes cuestiones de la libertad religiosa, libertad de la prensa, libertad individual y libertad de elecciones, tenian el prestigio de la novedad; y, llena de fe en los apóstoles del culto político, la nacion rodeaba la cátedra parlamentaria, recogia religiosamente sus oráculos, palmoteaba con avidez, é inclinábase en presencia de los oradores populares cada vez que entraban ó salian de la Cámara. En el dia, pastores sin ovejas, nuestros predicadores parlamentarios predicarian en el desierto. Religion constitucional, ceremonias, sermones, auditorio, creencias, todo eso ya no existe, pero todo eso existió.

Los discursos escritos de Foy, Bignon, Benjamin Constant, Laf-

fitte, Dupont de l'Eure, y sobre todo Royer-Collard, fueron los medios mas eficaces de educacion de la Francia liberal. Muchos discursos escritos que hacen poca mella en el auditorio parlamentario, tienen un efecto tan pronunciado como saludable sobre el público; si tienen menos accion en la formacion de la opinion y las leyes, contribuyen enérgicamente á formar la opinion, y ¿acaso no es la opinion la que sanciona las leyes? ¿No vale mas tener millones de lectores que algunos centenares de oyentes? Fuera de esto, se ha encontrado un medio tan cómodo como sencillo de zanjar la dificultad tan controvertida de la superioridad relativa de la escritura y la palabra, y consiste en no leer á los que escriben y no escuchar á los que improvisan.

Nunca hemos visto orador mas habil en el manejo de la lengua política. ¿En qué consiste que, aun en el dia, pueden leerse sin cansancio sus mas largos discursos? Es que hay en ellos lo que da la vida, el estilo, y un estilo seductivo á no poder mas. La mayor parte son obras maestras de dialéctica viva y tupida, únicas en su género, que hacen las delicias de un corto número de inteligentes. ¡Qué riqueza! ¡qué abundancia! ¡qué flexibilidad de tono! ¡qué variedad de materias! ¡que suavidad de lenguaje! ¡que arte tan maravilloso en la exposicion y encadenada deduccion de los argumentos! ¡qué trama tejida con tanta finura! ¡cómo se armonizan, cómo se combinan los infinitos matices y suaves degradaciones de colores purísimos! Bajo una piel tersa y transparente se ve circular la sangre, azular las venas, y aparecer ligero el relieve de los músculos.

Tal vez son estos discursos demasiado acabados, esmaltados con excesivo esmero, ingeniosos en demasía para la tribuna; pero este defecto desaparece en la lectura, quedando el recurso de volver á leer lo que desde luego no se comprende, mientras que, si no se entiende bien lo que se escucha, no queda el recurso de hacerlo repetir. Las repeticiones son insoportables en la lectura, pero son necesarias en la tribuna, como en el teatro el retornelo es el único sonido de que se acuerdan los concurrentes. Los oradores son como estatuas erigidas en un pórtico, las cuales deben ser esculpidas algo groseramente para que hagan efecto desde lejos. Las Cámaras no son como los salones de la alta aristocracia, y las finas flores del lenguaje no tienen para ellas ni brillo ni perfume. Los antítesis no los nota, las argumentaciones nudosas y complicadas fatigan su atencion. Para ser comprendido, necesita

el orador decir la misma cosa repetidas veces, la voz y los ademanes pueden mas que el vigor del razonamiento, y hay que hablar á las pasiones del auditorio mas bien que á su inteligencia.

La derecha abrigaba para con Benjamin Constant menos animosidad que para con Manuel, porque en las Asambleas francesas, sean las que fueren, hay una indulgencia general para con los hombres de talento y chiste, y se puede decir de ellas lo que dice el poeta:

J'ai ri, me voilà désarmé.

El interés y las preocupaciones de partido, se mantienen firmes contra la elocuencia, contra los hechos, contra la lógica, contra el mismo entusiasmo, pero no contra la risa.

Y, seguramente, no prodigaba la mayoría á los miembros de la izquierda mimos y contemplaciones; y la tribuna de aquel entonces era mas personal, mas acrimoniosa, mas necia que la nuestra, á pesar de sus pretensiones caballerescas.

Una risa corrosiva resonaba entre los cortesanos cuando alguno de los diputados de la izquierda calificaba de *honorable* al general Lafayette, y con la mayor desfachatez se oia gritar: «Vm. es «un faccioso. — Que se le quite la palabra. — Vm. calumnia. — «¡Rebelde! ¡revolucionario! ¡incendiario! ¡sedicioso!»

Citemos otras menudencias parlamentarias llenas de urbanidad de aquella misma época. «Vámonos, no lo escuchemos. — Vm. «predica la anarquía. — Vm. deshonra la Cámara. — Vm. no vale «la pena que se le escuche. — Vm. es un infame.»

Benjamin Constant replicaba con energía, y era preciso que el torrente amenazase tragárselo, para que se apartase un poco y lo dejase pasar.

Luchador agil, doblábase de cien modos con facilidad admirable, y nunca se daba por vencido.

Siempre era dueño de su expresion como de su pensamiento. Si la derecha se sentia herida por alguna palabra un poco viva, hallaba, sin perder el hilo de este discurso el equivalente de esta palabra, y si aun ofendia este equivalente, al instante mismo le sustituia otro término. Esta presencia de espíritu, este conocimiento profundo de los recursos de la lengua, esta maravillosa degradacion de sinónimos suavizados, sorprendia y cautivaba hasta sus mismos adversarios. Así por ejemplo decia: quiero evitar á la corona (*murmullos*); entonces cambia Benjamin Cons-